

Los Lavaderos de San Mamés y Castaños

Elías Mas Serra

A comienzos del siglo XX, Enrique Epalza presentaba su dimisión como Arquitecto Jefe de la Sección de Obras Municipales. En tales momentos, el Ayuntamiento de Bilbao se estaba planteando una remodelación de sus Servicios Técnicos bastante amplia y en la que adquirieron un singular protagonismo los arquitectos José Picaza y Gregorio Ibarreche. Este último, más adelante, llegaría a ser Alcalde de la Villa.

Enrique Epalza, a pesar de presentar su dimisión en 1901, siguió informando y resolviendo expedientes municipales hasta el año 1903; poco tiempo antes de que un joven profesional, como lo era, en el comienzo del siglo XX, Ricardo Bastida, emergiera, con luz propia, en la arquitectura bilbaína desde su puesto en el Ayuntamiento.

Ricardo Bastida obtuvo su título de arquitecto en 1902. Fueron, aquellos años, el momento de la aparición de una fecunda generación de arquitectos bilbaínos. Estos arquitectos, ocasionalmente, han sido llamados, por el primer cronista y estudioso de nuestro patrimonio arquitectónico: Juan Daniel Fullaondo, como la segunda generación del Ensanche. A esta generación y a la anterior representada por personalidades tan significativas como el ya citado Epalza, Achúcarro, José M^o Basterra, Anduiza etc., debe, sin lugar a dudas, Bilbao, el mayor conjunto arquitectónico urbano de toda su historia.

Ricardo Bastida tomaría, pues, el relevo, en el Ayuntamiento de Bilbao, a una personalidad tan significativa y característica como fue la de Enrique Epalza. Y hay que decir que el peso de su arquitectura y sus tesis urbanísticas, en el contexto de la Villa, no ha sido menor que el de su ilustre antecesor, salvando, claro está, los peculiares matices de la trayectoria profesional de cada uno.

Un nuevo Arquitecto Municipal

Bastida estudió la carrera de arquitectura en la Escuela de Barcelona, a partir de 1895. La Escuela estaba emplazada en la segunda planta de la Universidad de Barcelona (proyectada por Elías Rogent) ubicada, esta última, en el arranque del Ensanche que, años antes, diseñó Ildefonso Cerdá. Allí se mantuvo, la Escuela de Arquitectura, hasta el año 1962.

Al margen de aspectos anecdóticos, la enseñanza de la arquitectura se producía, en aquellas circunstancias y momentos, en un ambiente muy próximo, en lo que a la relación profesor-alumno hace referencia. La ciudad de Barcelona vivía, entonces, un proceso de construcción singular en el que se desarrollaron los mejores edificios del modernismo catalán, cuyos caminos estaban marcados, de diferente manera, por arquitectos tan singulares

como: Antoni Gaudí, Lluís Domènech i Montaner y Josep Puig i Cadafalch, etc... Precisamente Domènech i Montaner accedió en 1990 a la Dirección de la Escuela de Arquitectura y fue, con toda probabilidad, el profesor y autor que marcó una impronta más profunda en el incipiente arquitecto.

Bastida acabó la carrera en 1902 y, al llegar a Bilbao, empezó a desarrollar su trabajo de la mano de arquitectos ya consagrados, como es el caso de Severino Achúcarro y José María Basterra. En 1904 participó, junto con Pedro Guimón, en el Concurso de Ampliación del Ensanche que, finalmente, ganaría Federico de Ugalde. Poco tiempo después, aparece su firma (1905) en expedientes municipales en su condición de nuevo arquitecto municipal.

Será, en este mismo año de 1905, cuando reciba el encargo de proyectar y llevar a cabo las obras de la Alhóndiga y los lavaderos de San Mamés y de Castaños. Con ellos inicia una trayectoria profesional singular, la mayor parte de la cual se dirime en propuestas y trabajos para la administración pública, sin perjuicio, asimismo, de su participación en la concepción de edificios vinculados a otras instituciones y diferentes entidades privadas.

De la Alhóndiga, tuvimos ocasión de hablar, en estas mismas páginas, a raíz de la aprobación del Proyecto del Centro de Ocio y Cultura, redactado por el Gabinete de Arquitectura Municipal, allá por el año 2000. Pero es preciso hablar, en continuidad con las exposiciones que estamos haciendo sobre construcciones modernistas en Bilbao, en recientes artículos, de las otras dos aportaciones singulares (al margen de su tamaño) que conformaban el encargo inicial realizado a Ricardo Bastida.

Tanto la Alhóndiga como los Lavaderos, han sido presentados, habitualmente, como ejemplos de la arquitectura modernista en la Villa. Convendría, quizás, matizar algunos aspectos ante la homogeneidad

La Alhóndiga y los Lavaderos han sido presentados habitualmente como ejemplos de arquitectura modernista

de la atribución estilística por cuanto, el tratamiento del singular almacén de vinos y aceites y el de estas pequeñas instalaciones sanitarias, dista mucho de corresponderse entre sí en cuanto a la formalización arquitectónica.

Así, la Alhóndiga presenta una solución más próxima a un expediente ecléctico que a la expresión modernista, más fresca y auténtica, de los lavaderos y de otras obras próximas, en el tiempo, del mismo autor.

Digamos que la obra de los lavaderos guarda una sensible afinidad

El Lavadero, luego Mercadillo, de San Mamés. Foto Archivo Ortega



El Lavadero de Castaños se convertirá en Centro Cívico para la zona



Detalle de los arcos de la planta baja del Lavadero de Castaños

Los edificios y sus funciones

Curiosamente, el bilbaíno actual ha conocido, fundamentalmente, a estos edificios en funciones muy diversas de aquéllas para los que fueron proyectados. Es más, si en el Lavadero-Mercadillo de San Mamés un edificio de viviendas, proyectadas de manera retranqueada al mismo, ha modificado, sensiblemente, el entorno y el papel de los vestigios preservados y reconstruidos (la fachada) del antiguo levante, lo mismo ocurrirá, probablemente, en el caso del Lavadero-Mercadillo de Castaños que pasará a convertirse, en el futuro, en un centro administrativo y cultural para el área de población próxima al mismo.

De hecho, ya varió la disposición de las plantas de ambos edificios al cambiarse su función primitiva de lavadero por la de mercadillo que, en el caso del de Cas-

taños, ha proseguido hasta la actualidad. Distinta fue la evolución del Lavadero de San Mamés cuya situación de ruina edificatoria (informada así por los Servicios Técnicos Municipales) se prolongaba, con grave peligro, desde los mismos años 70 del pasado siglo.

En cualquier caso, hay que destacar que, en su momento, constituyeron unos excelentes ejercicios de modernismo, muy superiores a la propuesta de la Alhóndiga y que los restos, mejor o peor conservados, que persisten en la actualidad, dan testimonio de tal aserto.

No nos inclinamos, de una manera especial, por el tratamiento y diseño del Lavadero de la calle Castaños. En este caso, la disposición en ángulo del edificio, ajustado al solar correspondiente, permitió a su autor una mejor riqueza de proyecto y la ejecución de una obra con una entidad más representativa. Sus zócalos en piedra, con unas formalizaciones, en sus huecos, similares a los del Lavadero de San Mamés y a los del referido Cine Olimpia, se continúan con una primera planta cuyas fachadas se ejecutaron en ladrillo y algún elemento cerámico, destacando, en los dos casos, las celosías cuidadosamente proyectadas y realizadas.

El problema de que la ubicación del Lavadero de San Mamés fuera entremedianeras, restaba, a éste, las posibilidades de un mejor y más completo ejercicio arquitectónico que, en todo caso, se resolvió mediante un curioso antepecho cerámico que intenta representar, con un cierto anecdotismo, los ritmos de la fachada en las plantas inferiores.

Ambos Lavaderos, junto a la obra, ya mencionada, de la Alhóndiga, dan, en todo caso, una cumplida referencia, como hemos apuntado, de la irrupción de la obra de Ricardo Bastida en el Bilbao construido en los comienzos del siglo XX. Se convirtieron, además, en una muestra inexcusable de la obra del modernismo en Bizkaia, que, en contra de lo ocasionalmente explicado, es importante y con una calidad más que notable dentro del contexto de la arquitectura del Territorio en particular y de lo que fue la arquitectura modernista en el País Vasco en general.